

## PRÓLOGO

Traducir es un proceso amoroso y, a la vez, una sucesión de continuos conflictos; es una historia de amor y de lucha que se torna espejo donde nos miramos para ver al otro, pero también donde el otro no tiene más remedio que mirarse para verse a sí mismo a través del modo en que quien traduce, mira. Al traducir habitamos el espacio intersticial donde no solo se entretrejen las lenguas sino además, y, sobre todo, las subjetividades, con toda la carga que esa palabra trae consigo: el revés del tapiz quijotesco es la parte más interesante, en tanto cada hilo añora el lugar donde ha estado previamente, al tiempo que apunta un futuro acaso más apasionante, su próxima aparición en un territorio ignoto que se formulará en otra clave, con otro pentagrama.

Las voces diferentes hacen surgir, a modo de milagro cotidiano, una tercera (o cuarta) identidad, esta vez dialógica, siempre performativa. Como las ciudades invisibles, las traducciones son múltiples, ilimitadas, apasionadas, semióticas, visuales. Como Eutropia, la traducción no es una sino muchas. Como Zemrude, es el espejo de quien mira. La traducción, borgeana, completa el original. Sin *verba*, dice Cortázar (1995 [1963]: 337), «no hay *res*».

El concepto en torno al cual se articula este libro surge precisamente del encuentro, armonioso o no, nunca fácil, entre identidades, de la posibilidad (o no) de que traducir nos lleve a la hospitalidad o a la asimetría. Ese concepto tan apasionante como necesario y polémico es el *ethos* de quien traduce, que María Laura Spoturno definió ya hace unos años (Spoturno, 2017). En el *ethos* interseccional de la traducción surge esa extrañeza a la que tantas páginas dedicó Levinas, la alienación hacia la propia lengua, su errancia y exilio permanentes, a los que se refirió Paul de Man. El *ethos* de

quien traduce se contraponen, o no, al de quien escribió el texto anterior, y en consecuencia supone el comienzo de una historia de amor y de conflicto entre ambas subjetividades discursivas. Además, el concepto de *ethos* también nos obliga a reflexionar sobre si en casos como las autotraducciones, casi siempre infieles al original, nos topamos con uno o dos (o más) *ethos*; si esto no es la prueba de que en realidad las identidades son siempre heterogéneas.

Sea como fuere, se trata de una noción que se me antoja fundamental en el contexto de los Estudios de Traducción contemporáneos, tras sucesivos paradigmas y giros que han logrado visibilizar por fin la figura de la persona que traduce. Por eso creo que este libro es tan necesario. La razón de esta urgencia de reflexionar sobre la imagen discursiva y, en consecuencia, sobre el significado del verbo «traducir» a estas alturas del siglo XXI, es que, si bien es cierto que actualmente nuestra disciplina ya ha asumido que su objetivo no es ser un mero trasvase de significado equivalente entre lenguas, acaso todavía no se ha indagado lo suficiente en ese *ethos*, o mejor en esos *ethos*, que participan en el apasionante proceso, nunca acabado, que es la traducción.

*Subjetividad, discurso y traducción: la construcción del ethos en la escritura y la traducción* es un volumen fundamental en el panorama actual de nuestra disciplina, en tanto se plantea el *ethos* en textos literarios que giran en torno a conceptos radicalmente contemporáneos, como son las migraciones, el feminismo transnacional, lo *queer*, las identidades híbridas o la autotraducción, entre otros. Desde la narrativa de Olga Grjasnowa hasta las aventuras de la China Iron, pasando por el feminismo nigeriano de Chimamanda Adichie, las autotraducciones de Achy Obejas, la hibridación chicana, la utilización del mapudungun por Lara Millapán o Ancalao o la traducción de las literaturas para las infancias, todas estas imágenes discursivas nos acercan a los *ethos* que han demostrado ser capaces de dar pasos bajo el agua. Se trata de literaturas que crean tramas interseccionales entre las distintas subjetividades, que nos ponen en alerta sobre la violencia, de tantos tipos, contra las mujeres, pero también sobre el hecho de que cualquier intercambio lingüístico trae consigo relaciones de poder simbólico.

Frente al bourdeano *habitus* lingüístico del *ethos* dominante, los textos abordados en los diversos capítulos son ejemplos de interseccionalidad, de subversión de la norma, del poder de aquellos *ethos* alternativos (en plural) que no quieren limitarse a representar (en dos palabras) lo Real. En todos estos casos, las aportaciones que integran este volumen demuestran que el capital simbólico de los márgenes puede llegar a ser un verdadero motor transformador, capaz de ejercer, a través de la reescritura alternativa, una violencia simbólica contra la dominación.

De la lectura de estas páginas se desprende que cada traducción es un palimpsesto, un relato superpuesto que se cuele por el espacio existente entre un texto y otro, entre el original y la traducción, pero también entre los espacios en blanco invisibles en cualquier significado supuestamente unívoco. Los *ethos* participan en el proceso de escritura y en el de reescritura, porque en ambos cada palabra es cruce de culturas,

paradigma de encuentros y desencuentros, intersticio, muro de contención y desbordamiento.

Los *ethos* interseccionales colectivos que descubre este libro urgen a escudriñar cada palabra como un rizoma, como una puente por donde transitan las voces contemporáneas, tanto más ricas cuanto más impuras, porque esas palabras reflejan *ethos* mestizos que se resisten a las fronteras geográficas, étnicas y lingüísticas. Así, las palabras entendidas como «heterogeneidad interlingüe» (Spoturno, 2014 [2010]: 98) son el hilo conductor de las mujeres objeto de estudio de este volumen. En sus originales y en sus traducciones, las atravesadas nos acercan a tejidos textuales entrelazados, a palabras llenas de cicatrices que son ecos de vidas pasadas, a palabras donde ellas han escrito sus *ethos* apoyándose en los pensamientos de otras mujeres. En esas traducciones se escuchan melodías que no son arias sino contrapuntos, porque cada una de esas voces es igual de importante que las demás: cada una pregunta por qué no nos inquietamos ante la invisibilidad de lo que debería ser visible.

Es esta la finalidad última del *ethos*, o mejor dicho de los *ethos*, feministas, *queer*, rebeldes, interseccionales, heteroglósicos y antihegemónicos que aquí se nos presentan. A estas alturas, la persona que traduce, pero también la que lee, sabe qué es estar al otro lado. Sus *ethos* son tan reconocibles como el de quien escribió con anterioridad el texto, por eso lo completa. Incluso en las autotraducciones, el *ethos* múltiple se torna visible al expandir el anterior (Spoturno, 2019).

Los *ethos* sobre los que nos permiten reflexionar estas páginas me recuerdan el genotexto de Julia Kristeva, ese que busca las pulsiones, la oxidación de las consonantes y la voluptuosidad de las vocales. También me hacen pensar en Nepantla, en los espacios heterotópicos y en los archipiélagos criollizados. Los *ethos* de todas estas mujeres que escriben, (auto)traducen y entonan múltiples melodías; van tejiendo vidas en constante reescritura, existencias policéntricas que han dejado muy atrás los binarismos, para optar, en cambio, por ser líneas de fuga en constante desterritorialización.

Todos los textos literarios a los que estas páginas nos permiten acercarnos se tornan, por decirlo con Eduardo Galeano en *Espejos*, dedos que nos tocan, que nos arañan, porque cuando un libro está de veras vivo, respira y tañe. Lo mismo podría decirse de la traducción. Cuando el *ethos* de la reescritura se añade al del texto anterior, nos obliga a pensar críticamente. Nos hace ver que la traducción es un texto vivo, un territorio desterritorializado y palimpsestico, nunca completado. Las que aquí se presentan son traducciones heterogéneas de unas mujeres que desafían la concepción homogénea y estática del lenguaje.

*Subjetividad, discurso y traducción* nos enseña que traducir es emprender un viaje entre los *ethos*; que traducir es escuchar atentamente sinfonías de sonidos en contrapunto: es componer nuestras melodías con los pentagramas de otros. Tras esta lectura, he aprendido que traducir es adentrarse en un bucle de signos que conformarán cruces de caminos diferentes y a la vez iguales. Es ser funambulista sobre espacios que

nunca son horizontales sino dinámicos y heterotópicos; es ser capaz de ensanchar los espacios y los tiempos, creando así cruces e interconexiones entre pasado, presente y futuro, y entre constructos que (se) interrelacionan. Más allá de la mera representación, la traducción se torna capaz de anunciar la fractura referencial y la quiebra de la representación como el punto en el que se abre el abismo del acróbata. Más allá de la mimesis, la traducción se nos antoja el origen de esos otros signos que nos precipitan al infinito balanceándonos en la transgresión de lo cotidiano. Y, sin embargo, al traducir notamos la ayuda de ese cable que los miles de ojos que nos observan no son capaces de ver desde tierra firme, ese hilo invisible que nos sujeta con firmeza y permite que, mirando al otro, (le) soñemos.

María Carmen África Vidal Claramonte  
Salamanca, 11 de diciembre de 2021

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cortázar, Julio (1995 [1963]), *Rayuela*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Spoturno, María Laura (2014 [2010]), *Un elixir de la palabra. Heterogeneidad interlingüe en la narrativa de Sandra Cisneros*, tesis doctoral, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/3192> (fecha de consulta: 11/12/2021).
- Spoturno, María Laura (2017), «The presence and image of the translator in narrative discourse: towards a definition of the translator's *ethos*», *Moderna Språk*, 1, pp. 173-196.
- Spoturno, María Laura (2019), «El retrabajo del *ethos* en el discurso autotraducido. El caso de Rosario Ferré», *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 21, pp. 323-354, DOI: <https://doi.org/10.24197/her.21.2019.323-354>.